AL MEJOR CAZADOR...

[2]

AL MEJOR CAZADOR...

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ESCRITA POR

DON EMILIO MARIO (hijo)

y estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO LARA la noche del 6 de Febrero de 1889
á beneficio de la primera actriz Doña Balbina Valverde



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20
1889

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MERCEDES	SRA.	VALVERDE.
EMILIA	SRTA.	RODRÍGUEZ.
FERNANDO	SR.	VIVES.
RICARDO SUÁREZ		ARANA.
BERNARDINO BRAVO		ROSSELL.
JUAN		TOJEDO.
UN NOTARIO		VALLARINO.

La acción pasa en las cercanías de Avila

ACTO PRIMERO

Sala elegantemente amueblada en una casa de campo de Doña Mercedes. Puerta a la izquierda, en primer termino; en el segundo, ventana. A la derecha, dos puertas que conducen respectivamente á las habitaciones de Doña Mercedes y Emilia. En el foro, terrado practicable, por el cual se baja al jardín. Mesas, sillas, jarrones de flores, recado de escribir, y otros objetos que sucesivamente indicará el diálogo.

ESCENA PRIMERA

MERCEDES y FERNANDO

MERC (Al levantarse el telón entra por la primera puerta derecha, en escena, donde la espera Fernando en traje de cazador.) Dispensa, Fernando, si te he privado por algunos momentos de tu favorito pasatiempo; pero no he podido resistir al deseo de tener contigo una corta explicación.

FERN. Tal deseo me honra en extremo, tanto más cuanto que no me considero merecedor...

MERC. ¿Es decir que confiesas tu falta?

FERN. ¿Mi falta? Perdone usted, señora, pero no recuerdo haber cometido ninguna.

MERC. ¡Ah! ¿Niegas? En tal caso será preciso formular una acusación en regla. Está bien; prepárate á responder á tu juez, que, aún faltando abiertamente á las leyes, no tiene la más mínima intención de mostrarse severo. (Con gracia.)

FERN. Y aunque quisiese, no encontraría manera de estarlo conmigo, que soy inocente.

MERC. Ahora lo veremos. Queda constituido el tribunal. (Se sienta delante de la mesa.) Tú siéntate allí, en el banquillo de los acusados (Señalándole una silla.) Empieza el interrogatorio.

FERN. Estoy dispuesto á responder.

MERC. ¿Hubieras pasado, hace un año, por delante de esta casa sin detenerte?

FERN. No.

MERC. Perfectamente. Y cuando cierta vocecita dulce te despedía diciendo: «Fernando, buena suerte», ¿cómo respondías?

FERN. No recuerdo.

MERC. Pues yo sí. Con un apretón de manos, con una sonrisa, y con una mirada lánguida.

FERN. Es cierto.

MERC. Y había una madre que contemplaba con agrado aquellas sonrisas, aquellas miradas, esperando como resultado que, al fin, casaría á su Emilia con el hijo de la que fué su mejor amiga, cumpliendo así los deseos expresados por ésta, momentos antes de morir.

FERN. Sí; tal fué la intención de mi madre, y la mía.

MERC. ¿Es decir que has cambiado de parecer?

FERN. Yo, no.

MERC. Entonces, ¿quién?

FERN. Emilia.

MERC. ¿Qué dices?

FERN. Por mi desgracia, la pura verdad.

MERC. Pero, ¿de dónde supones tal cambio? Yo había observado, es cierto, alguna frialdad entre vosotros; pero la atribuía á la escasa frecuencia de tus visitas desde hace tiempo, cosa que me extrañaba, puesto que siempre te he tratado como te mereces.

FERN. Señora, yo no tengo otro motivo, para venir menos á esta casa, que el de encontrar á Emilia esquiva y desdeñosa.

MERC. Estás equivocado.

FERN. ¡Ojalá! Quien ama como yo no puede engañarse. Desde que Emilia estuvo en Ma-

drid con su tía, no es la misma. ¿Quién sabe? Acaso algún otro amor ..

MERC. No sigas, Fernando; eso no puede ser. He leido siempre en el corazón de mi hija como en un libro, y si lo que tu supones tuviera el menor asomo de verdad, yo lo sabría. No niego que Emilia habla quizás con demasiada vehemencia de las fiestas y placeres de la buena sociedad; pero me parece muy natural que una joven, acostumbrada á la monótona existencia de este pueblo, que va á Madrid por la primera vez, conserve impresiones agradables de lo que vió en la capital de España.

FERN. No trato de censurar á usted por haber consentido ese viaje; pero...

MERC. Ya comprendo. ¿Debería haber contrariado los deseos de mi hermana negándome á que Emilia pasase algún tiempo con ella? No estamos de acuerdo, porque yo consideraba como prudente hacer que mi hija pudiera ir conociendo, guiada por los buenos consejos de su tía, la sociedad en que más adelante ha de alternar, y por eso aproveché con gusto la ocasión que se me presentaba.

FERN. Para mí ese viaje ha sido una desgracia, porque en él perdí el cariño de Emilia.

MERC. Lo dudo, Fernando. ¿Te inspiro yo confianza?

FERN. ¡Oh! Sí, señora.

MERC. Pues hablaré con mi hija de este asunto, y sabremos á qué atenernos.

ESCENA II

DICHOS y EMILIA

EMIL. Mamá. (Desde dentro; y sale en seguida á escena.)

MERC. ¿Qué quieres?

EMIL. Enseñarte los regalos que me ha mandado mi tía.

MERC. Pero, ¿no ves quién está aquí?

EMIL. ¡Ah! Sí. buenos días, Fernando.

FERN. Buenos días, Emilia; ¿cómo estás?

EMIL. Bien, gracias.

FERN. (Bajo á Mercedes.) Ni me estrecha la mano.

MERC. Veamos los regalos. Plumas, flores artificiales...

EMIL. Mira qué bonitas. Como que son de París. La tía todo lo compra allí: vestidos, sombreros...

MERC. Mi hermana se ha vuelto loca.

EMIL. ¿Por qué?

MERC. ¡A sus años... pensar en las modas!

EMIL. Las mujeres elegantes hacen todas lo mismo. Aquí no hay tan buen gusto; pero todo lo que viene de París es bueno, bonito...

FERN. Y caro. (Con intención, cogiendo el sombrero.)

MERC. ¡Cómo!... ¿Nos dejas ya?

FERN. Me estarán esperando. Vamos á dar una batida de mucha importancia.

EMIL. Entonces no te detengas... ¡vaya! La caza es distracción preferible á nuestra compañía.

FERN. Nada de eso; pero hoy debo unirme á mis compañeros, porque se trata de cazar un lobo.

MERC. ¡Un lobo!

FERN. Sí; que, según parece, ha bajado anoche del monte y anda por estos alrededores haciendo destrozos en los rebaños. Hemos determinado darle caza hoy mismo. Por esta razón suplico á ustedes que se priven de bajar á la huerta mientras dure la batida.

MERC. Por Dios, Fernando, no te expongas á peligros de esa naturaleza. Los lobos son feroces.

EMIL. Sí; pero no tanto como los tigres y leones. Yo conozco un joven que, por mero pasatiempo, se dedicaba á darles caza en los desiertos del Africa. Pronto le conocerás tú, mamá, porque me ha prometido venir á visitarnos.

FERN. No puedo detenerme más.

MERC. Pues, entonces, hasta luego, porque supongo que volverás. Te esperamos.

FERN. Es decir, me espera usted, ¿usted, no es eso? (Con una significativa mirada á Emilia y dando la mano á Mercedes.) Volveré. (Mutis primera izquierda.)

ESCENA III

MERCEDES y EMILIA

EMIL. ¡Vaya una gracia! (Riéndose.)

MERC. ¿Te burlas de Fernando?

EMIL. Pero, ¿no le has oido cómo ha dicho «me espera usted... usted... ¿no es eso?»

MERC. Sé franca conmigo y díme qué significa tu frialdad con él.

EMIL. Pago en la misma moneda. Desde que he vuelto de Madrid le encuentro completamento distinto de lo que antes era.

MERC. El dice lo mismo de tí y esto me disgusta, porque tú sabes mis proyectos.

EMIL. Pero recuerda que me has dicho siempre que en la elección de marido me dejarías completa libertad.

MERC. Cierto; mas recuerda tú también que las dos estábamos conformes en que Fernando reune cuantas buenas cualidades se requieren en un joven para labrar la dicha de la mujer que escoja como compañera de su vida.

EMIL. Sí; no lo niego... entonces pensaba así.

MERC. ¿Y ahora no? En tal caso debe haber algún motivo.

EMIL. No; pero...

MERC. Pero, ¿qué?

EMIL. Que no me trata con tanta amabilidad como antes.

MERC. ¡Bah! Aprensiones; y no habiendo una causa justa...

EMIL. Pues bien; la hay.

MERC. Dímela.

EMIL. Cuando á mi regreso de Madrid hablaba con Fernando de las fiestas de la corte, de los paseos, de los teatros, de la cortesía de sus habitantes, ¿sabes lo que me contestaba? Pues que no le parecía bien tanto entusiasmo por aquella vida en una joven como yo, que debe habitar en el campo, donde aquellas distracciones no pueden disfrutarse.

MERC. Es una observación muy razonable.

EMIL. ¿Es decir que voy á estar siempre metida entre montes? (Con mal humor.) Y luego, no es eso todo. También Fernando busca de continuo la ocasión de censurarme, hasta en mi modo de vestir.

MERC. Estaba acostumbrado á verte sencilla, modesta...

EMIL. ¿Pretenderá que yo me presente adornada como la hija del médico ó del notario?

MERC. Esas muchachas no tienen pretensiones.

EMIL. Ni gusto, ni gracia; en una palabra: son cursis, no tienen ideas.

MERC. ¿Y tú te figuras haberlas adquirido en Madrid?

EMIL. La tía estaba asombrada de mis progresos.

MERC. Dios quiera que no hayan maleado ese corazoncito. Pero volvamos á Fernando. El motivo que alegas no me parece suficiente para que le retires tu cariño.

EMIL. ¿Quién ha dicho tal cosa? Yo le quiero... como á un hermano.

MERC. ¿Como á un hermano, nada más?

EMIL. Fernando es un buen muchacho, el mejor quizás de estos alrededores; pero ahora que puedo compararle con los jóvenes elegantes de la ciudad, ¿es culpa mía que pierda en la comparación? Tú misma lo ves; nunca suelta su traje de caza, no lleva guantes, y hasta me parece poco instruido. (Con indiferencia.)

MERC. Eso no es cierto.

EMIL. Entonces lo disimula mucho, porque hablándole en cierta ocasión de un libro muy bonito que yo había leido en Madrid, me contestó incomodado que mejor hubiera hecho en no leerlo.

MERC. ¿Qué libro era?

EMIL. Una novela preciosa. Me la dió la tía. Se titulaba *La dama de las camelias.*

MERC. (¡Qué locura! ¡Nunca lo hubiera creido en mi hermana!) Fernando tiene razón; esas no son lecturas á propósito para jóvenes solteras

EMIL. ¡Pero si es tan conmovedora!... ¡Me ha hecho

llorar de un modo aquella pobre Margarita!...

MERC. Precisamente porque es tan conmovedora, es más peligrosa semejante lectura para una señorita bien educada.

EMIL. Pero, dime, ¿no han sacado de este asunto el libreto de *La Traviata*, y todas las jóvenes van á oirla al teatro Real y la cantan en las reuniones.

MERC. Sí; pero es cantado, y además está en italiano y no se entiende.

EMIL. También yo tengo la partitura; me la regaló Ricardo Suárez, el joven de que te hablé antes. ¡Si vieras qué bien educado! Baila, pinta, canta; se batió en la guerra del Norte...

MERC. ¿Es militar?

EMIL. Lo era; pero se retiró. Es muy valiente; y si vieras... no lo parece. Tiene unos modales tan finos... (Con entusiasmo.)

MERC. ¡Hablas con mucho calor de ese joven!... ¿Será esta la causa?...

EMIL. Y suponiendo que lo fuese... Es rico, adornado de buenas cualidades...

MERC. ¿Y dices que él te ama?

EMIL. Sin duda.

MERC. ¿Te lo ha dicho?

EMIL. No, pero eso se distingue á la legua; y, además, el deseo de conocerte tendrá por objeto un fin.

MERC. Naturalmente.

EMIL. Querrá primero hablar contigo... ¿Ves qué delicado?

MERC. Así procede todo el que ama de veras.

EMIL. Tú me ayudarás; ¿no es verdad, madre mía?

MERC. Cuando le conozca... veremos.

EMIL. Deja que te abrace. Voy á ver á mi Esmeralda.

MERC. ¿Recuerdas quién te regaló esa cabrita?

EMIL. Sí; Fernando.

MERC. La tenía en mucho aprecio por haber pertenecido á su madre, y una indicación tuya bastó para que se desprendiese de ella. (Pausa.) El obsequio te parecerá vulgar comparado con la partitura de *La Traviata*... ¿Qué es eso? ¿Te quedas pensativa?... Anda;

vé en busca de tu Esmeralda, que yo velo por tí. (Mutis segunda derecha.)

ESCENA IV

DOÑA MERCEDES (se queda mirando á Emilia al marcharse)

Su corazón es bueno; la cabeza algo ligera, propio de los pocos años. Y ese Ricardo Suárez, de que habla con tanto entusiasmo, ¿qué clase de pájaro será? Dice que estuvo en la guerra del Norte... Mi hermano fué allí capitán, y puede que le conozca. Voy á escribir en seguida pidiéndole noticias. (Escribe; después cierra la carta y toca el timbre.)

ESCENA V

DOÑA MERCEDES y DON BERNARDINO

BERN. (Entrando por la puerta primera izquierda.) Si tiene usted necesidad de un servidor, estoy á sus órdenes.

MERC. ¡Oh! Don Bernardino... buenos días.

BERN. Téngalos usted muy buenos, mi encantadora vecina. ¿Me permite usted...? (Haciendo ademán de besarle la mano.)

MERC. Lo haría con mucho gusto; pero este modo de saludar pertenece á la moda de Mari-castaña.

BERN. Pues yo quiero figurarme que vivo en los tiempos de esa señora, mientras encuentre manitas blancas y mórbidas como estas, sobre las que estampar un modestísimo ósculo. (Acariciándole la mano.)

MERC. Me parece que no desperdicia usted el tiempo.

BERN. La ocasión hace al ladrón.

MERC. Procuraré evitar la ocasión. (Retirando la mano.)

BERN. Es usted inflexible.

MERC. Pero, ¿cuándo sentará usted esa cabeza? (Toca el timbre otra vez.)

BERN. Cuando estoy junto á mi dueño,
por su mandato callado,
todo mi cuerpo me dice,
hombre, pregúntale ¿cuándo?

MERC. ¿Empezamos ya con la poesía?

BERN. Yo no soy capaz de componer una aleluya; pero los poetas me entusiasman. Ellos han sido mi único consuelo después de la muerte de mi esposa, que me dejó viudo, y por lo tanto, en estado de merecer.

MERC. Con un buen patrimonio y una casa puesta á las mil maravillas. Me lo ha dicho usted ya un millón de veces.

BERN. Y se lo repetiré otras tantas, hasta que se canse usted de escucharlo.

MERC. Pero, ¿qué hace Juan? (Vuelve á tocar el timbre.)

ESCENA VI

DICHOS y JUAN

JUAN (Puerta primera izquierda.) ¿Qué manda la señora?

MERC. Hace una hora que estoy llamando. ¿Dónde estaba usted metido?

JUAN En el balcón, viendo al señorito Fernando y los demás cazadores cómo buscan al lobo.

BERN. ¿Un lobo?

JUAN Sí, señor; que ha bajado anoche de la montaña.

BERN. ¡Y yo que he atravesado el pueblo tan tranquilo!

JUAN Si se lo llega usted á encontrar... (Riendo.)

BERN. ¡Caramba! No es cosa de risa. Yo no salgo de aquí; reclamo hospitalidad. Este es un caso de fuerza mayor.

MERC. Es usted un valiente.

BERN. No hay que burlarse. Nunca tuve miedo á las mujeres, y esto supone mucho valor; pero á los lobos...

MERC. Esta carta para el correo.

JUAN Está bien. ¡Ah! Me olvidaba decirla que un caballero me ha preguntado por usted.

MERC. ¿Ha dicho su nombre?

JUAN No, señora. Es un joven bien vestido, alto, moreno...

BERN. Entonces, debe ser el mismo que yo he encontrado al venir, y que me ha hecho tantas preguntas.

JUAN También á mí.

MERC. ¿Qué le ha preguntado á usted?

JUAN Mil cosas. Si la señora pasaba por rica en el pueblo; cuántos criados tenía; si los terrenos que rodean la casa son suyos, y otras preguntas parecidas. En aquel momento me vinieron á contar lo del lobo, y entonces el forastero empezó á mirar á todos lados con desconfianza y, poco menos que corriendo, se entró en la posada que hay al final de la calle. Debe ser un cobarde.

BERN. No conoces el valor de las palabras. Dí, mejor, prudente. Los lobos no guardan consideraciones de ningún género, ni saben las reglas de urbanidad.

MERC. Poco á poco. Usted, que conoce la historia de Roma, recordará que Rómulo y Remo fueron amamantados por una loba.

BERN. Así nos lo cuentan; pero yo, para creerlo, necesitaría haberlo visto con mis propios ojos... por supuesto, desde respetable distancia.

MERC. Juan, no se le olvide á usted echar la carta.

JUAN Descuide la señora. (Vase por la primera puerta izquierda.)

ESCENA VII

DOÑA MERCEDES y DON BERNARDINO

MERC. Ha dicho usted que también había encontrado á ese joven.

BERN. Sí; le referiré, poco más ó menos, nuestra conversación. Lo encuentro; se acerca, quitándose el sombrero; yo me lo quito también. «¿Vive usted en el pueblo?» dice él. «Para servir á usted,» digo yo. «Conocerá

entonces á doña Mercedes Tubíno, viuda de un banquero,» prosigue él. Sobre la palabra viuda hubiera yo podido hacer alguna objeción, si usted, considerando que estoy solo y en estado de merecer...

MERC. Siga usted. (Con impaciencia.)

BERN. Continúo. «La conozco muchísimo,» respondí. «¿Esta señora tiene una sola hija, llamada Emilia?» volvió él á preguntar. «Cierto,» le contesté. «¿Es verdad que hay un proyecto de matrimonio entre dicha señorita y un joven llamado Fernando?» añadió él. «Creo que sí,» volví yo á responderle, molestado por tanta pregunta. El, sin hacer caso, insistió diciendo: «parece que la muchacha no está muy contenta con la boda.» Cansado ya, no me pude contener, y le dije: «No sé nada, y si quiere usted más informes se toma la molestia de adquirirlos, porque yo no me dedico á estos asuntos.» Entonces el joven me pidió mil excusas, y haciéndome un ceremonioso saludo, al que yo contesté con otro, nos separamos.

MERC. Muy bien.

BERN. ¿Se figura usted quien pueda ser el caballero?

MERC. Creo que sí.

BERN. ¿Estará quizá enamorado de su hija de usted? Lo sentiría por el pobre Fernando; pero, de todos modos, deseo que Emilia se case pronto.

MERC. ¿Por qué?

BERN. Porque entonces podría recordar á usted más á menudo que estoy sólo y en disponibilidad. Tengo una casa amueblada al gusto moderno.

MERC. Ya me ha hablado usted del salón verde.

BERN. Y el gabinete de color de rosa ¡Ah! Si usted le viese...

MERC. Acaso con el tiempo... Ahora voy á pedir á usted un favor.

BERN. Diga usted; hable; ¿quiere mi sangre?

MERC. No me serviría para nada.

BERN. Es un decir; porque ya supone usted que no se la daría. Deseo vivir... para usted.

MERC. Ese joven vendrá aquí. Si le preguntase á usted algo más... silencio.

BERN. Chitón.

MERC. Y todo lo que yo diga lo aprueba usted.

BERN. Inútil recomendación. ¿Qué no aprobaré yo que salga de esos labios de carmín?

MERC. Déjese usted de galanterías y recuerde que tiene cincuenta años.

BERN. Menos un mes, no lo niego. ¡Ah! ¡El tiempo vuela! Precisamente por eso quiero aprovecharme del poco verde que me queda.

MERC. Hará usted que me ría.

BERN. Ríase usted; así veré una vez más esos dientes de marfil, y será un consuelo para mí que sufro tanto con mi viudez.

MERC. Nadie lo diría. Está usted grueso.

BERN. Sí, pero la procesión anda por dentro.

MERC. Basta ya. Acuérdese de mi encargo.

BERN. Seré un fantoche... es decir, ya lo soy; pero, ¿me lo agradecerá usted?

MERC. Sí.

BERN. No me haga usted esperar. La juventud desaparece como la niebla con el viento.

MERC. No sea usted chinche; espéreme aquí que voy á dar algunas órdenes y vuelvo. (**Mutis primera izquierda.**)

ESCENA VIII

DON BERNARDINO

(**Se queda mirando á Mercedes al marcharse.**) ¡Hermosa mujer! Es una Venus de Milo... es decir, ha debido serlo. ¡Qué majestad de reina! ¡Buena pareja haríamos ella y yo! (**Suspirando.**) Aquí está la hija. (**Mirando al lado opuesto.**) ¡Qué pimpollo! ¡Ah! Si yo tuviese treinta años menos... ¡Qué lástima que el cuerpo envejezca, mientras el corazón se mantiene joven! Si fuera al revés...

ESCENA IX

DON BERNARDINO y JULIA, por la puerta segunda de la derecha

EMIL. Don Bernardino...
BERN. Señorita...
EMIL. Siempre tan peripuesto.
BERN. ¿Se burla usted?
EMIL. Dios me libre. ¿No estaba aquí mi madre? (Corre á la ventana.)
BERN. En seguida vuelve. ¿Qué mira usted con tanta atención?
EMIL. A mi cabrita Esmeralda, que la llevan á pastar á la huerta.
BERN. (Mirando.) No la veo.
EMIL. (Señalando.) Por allí venía.
BERN. ¿No pudiera ser que en lugar de una esmeralda buscase usted un rubí?
EMIL. ¿Un rubí? No comprendo.
BERN. No quiere usted comprender. Un joven elegante, con traje azul y unos bigotazos...
EMIL. (Sin poderse contener.) ¿Le ha visto usted?
BERN. ¡Ah! ¿He acertado?
EMIL. Pero, ¿quién se lo ha dicho?
BERN. (¡Diablo! Ya me olvidaba de la consigna.)
EMIL. Vamos...
BERN. Nadie; es una broma.
EMIL. ¿Ha sido mi madre?
BERN. Lo ignoro.
EMIL. Sea usted franco, y le prometo contárselo todo.
BERN. No puedo ser franco, lo siento mucho; he nacido en España.
EMIL. ¡Bah! Si no digo eso. El joven que usted ha visto se llama Ricardo Suárez; le conocí en Madrid, y viene á vernos.
BERN. ¿Porque está enamorado de usted?
EMIL. Eso es; y yo también le aprecio.
BERN. ¿Y Fernando?
EMIL. Fernando ya no se acuerda de mí; le interesan más los lobos.
BERN. No es cierto; él la quiere á usted; me lo ha dicho.

EMIL. Pues, á mí no me lo dice ya.

BERN. En eso hace mal, muy mal; es preciso repetirlo á todas horas, como hago yo.

EMIL. ¡Usted!

BERN. Yo. Creo que no hay motivo para extrañarse.

EMIL. Desde luego; pero, ¿á quién repite usted esas cosas?

BERN. A mamá. No sea usted picarilla.

EMIL. Ya lo sé; y si usted me ayuda, yo le ayudaré también.

BERN. ¿Eh?

EMIL. Diré á mamá: «si me caso con Ricardo tú te quedas sola; don Bernardino es tan bueno; disfruta de una renta considerable...» etcétera, etc.

BERN. ¿Qué quieren decir esas etcéteras?

EMIL. «Te quiere tanto... se conserva fresco...»

BERN. ¡Ya lo creo que estoy fresco! Sobre todo en invierno. Basta; me ha convencido usted; haré traición á la consigna.

EMIL. ¿Conque hablará usted á mamá? (Alegre.) Pero, ha de ser en seguida, porque Ricardo llegará dentro de nada. Le he visto hace un instante en lo alto de la calle, entre dos campesinos.

BERN. ¿Venía en medio de ellos?

EMIL. Sí; no sé por qué.

BERN. Por respeto al lobo. Debe ser un poco miedosillo; es decir, prudente, como yo.

EMIL. ¡Miedoso un hombre que ha estado entre los leones!

BERN. ¿Entre los leones del Congreso?

EMIL. No, señor; leones de verdad. (Mirando por la ventana.) Mire usted; abajo está hablando con mamá. Le ofrece un ramo y tiene otro en la mano. Ese debe ser para mí. ¡Qué galante y qué buen mozo!

BERN. ¡Pobre Fernando! ¡Perdió la partida! Lo siento. Pero, Emilia, ¿ha olvidado usted por completo á Fernando? También tiene buena figura.

EMIL. (Con indiferencia.) No lo niego; y si estuviese algún tiempo en la corte, dejando el pelo

de la dehesa, tal vez pudiese enamorar á alguna mujer.

BERN. Sin necesidad de eso las enamora. La hija del médico está loca por él.

EMIL. ¿De veras?

BERN. Ya lo creo. Y Catalina.

EMIL. ¿La hija del Alcalde?

BERN. La misma que viste y calza. Esa sí que daría cualquier cosa por atraparle.

EMIL. ¡Lo que puede la envidia! ¿Y Fernando...?

BERN. Frío como el hielo. Pero hay otra.

EMIL. ¿Quién?

BERN. La señora andaluza que compró la casa de campo á la salida del pueblo. ¡Oh! Es muy guapa.

EMIL. ¿Y está enamorada de él?

BERN. ¡Chiflada!

EMIL. ¡Parece mentira! ¡Una mujer tan elegante y distinguida, que monta á caballo, tira las armas ..!

BERN. Pues no puede vivir sin Fernando. Le invita á comer, van de caza juntos...

EMIL. Algún capricho. Este debe ser el motivo que impide al caballerito venir á esta casa con la frecuencia que lo hacía antes. (¡Estoy rabiosa! Pero á mí ¿qué me importa?)

BERN. (Observándola.) Disimula. No le ha sentado bien el récipe. Yo diré á Fernando lo que tiene que hacer y veremos.

ESCENA X

DICHOS. MERCEDES y RICARDO

EMIL. (Entra del brazo de Ricardo por la primera puerta izquierda.) Emilia, aquí tienes á este caballero, á quien tú ya conoces. Trae una carta de recomendación de mi hermana Dolores, que ciertamente estaba de más, porque don Ricardo se recomienda por sí solo. Mira qué hermoso ramo me ha regalado.

RICAR. Permítame usted, señorita, que también le ofrezca estas flores. (A Emilia, dándole el ramo que trae en la mano.)

EMIL. Muchas gracias. (Se saludan.)

MERC. Le presento á don Bernardino, Bravo de apellido, amigo de la casa, hombre jovial que se dedica á hacer la corte á las señoras con muchísima gracia.

RICAR. Caballero... (Dándole la mano.) (¡Demonio! ¡Es el mismo que me encontré antes!) (Bajo á Bernardino.) (Ruego á usted que no hable de mis preguntas.)

BERN. (Bajo á Ricardo.) (Bueno. ¡Estás fresco!)

RICAR. Señorita: yo esperaba, al venir á esta casa, tener la honra de conocer á su mamá, y en vez de mamá encuentro una hermana mayor.

MERC. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja! ¿Oyes, Emilia, qué bromista es este caballero?

EMIL. (Bajo á Mercedes.) (¿Te gusta?)

MERC. (Idem.) (Muchísimo.)

RICAR. Advierto á ustedes que yo no tengo otra buena condición que la sinceridad. Soy incapaz de mentir.

MERC. Le pondremos á usted á prueba.

BERN. ¡Me gusta! A prueba como el requesón de Miraflores.

MERC. Pero, sentémonos. (Ricardo y Bernardino cogen cada uno una silla para ofrecerla á Mercedes.) Gracias. (Cogiendo la de Ricardo.)

BERN. (¡Me ha despreciado!) Emilia... (Dándole la silla á Emilia.)

RICAR. (Se adelanta con otra silla.) Aquí tiene usted silla.

BERN. (¡La niña también! Bueno; me sentaré yo.)

RICAR. (Cogiéndole la silla.) Es usted demasiado amable; muchas gracias. (Se sienta entre Mercedes y Emilia.)

BERN. No hay de qué.

RICAR. Emilia, traigo á usted cariñosos recuerdos de su tía y de toda la tertulia que, al perder á usted, quedó privada de una de sus más preciadas joyas.

EMIL. ¡Jesús! ¡Qué cumplimientos!

RICAR. Justicia sólo al mérito de usted, que no me maravilla, ahora que conozco á su madre.

MERC. Va usted á conseguir que me envanezca. Es-

toy acostumbrada á los azucarados requiebros de don Bernardino, que me hace la corte; pero las finezas de un joven como usted lisonjean mi amor propio.

RICAR. (La mamá ya mordió el anzuelo; es mía.)

BERN. (¡Decir en público que la hago el amor!)

RICAR. (Á Emilia.) ¿Y cuando comemos los dulces?

EMIL. (Sorprendida.) ¿Los dulces?

RICAR. Tengo noticias de un proyecto de matrimonio entre usted y un tal Fernando.

EMIL. (Precipitadamente.) No es verdad.

MERC. Hace cuatro ó seis meses hubo algo de eso; pero desde que Emilia volvió de Madrid parece que ha cambiado de pensamiento y yo no la contrariaré jamás.

EMIL. ¿Vé usted qué buena es mi mamá?

RICAR. La fisonomía es el espejo del alma. ¡Encantadora!

MERC. Vaya; si contiuúa usted con ese cúmulo de elogios se vá á disgustar con este caballero (Señalando á Bernardino.)

BERN. ¡Señora!...

MERC. (Silencio.) ¿Conque ha estado usted en Africa en la caza del león?

RICAR. De los leones... sí. Bidel, el famoso domador de fieras, se hizo íntimo amigo mío y me convidó á una cacería en los desiertos africanos.

BERN. ¡Hombre! Si fué en los desiertos, no vería usted á esos animalitos.

RICAR. ¿Si los ví? ¡Ya lo creo! Las pieles de algunos de ellos andan rodando por casa.

BERN. ¿Muertos... por usted á tiros?

RICAR. Supongo que ninguno de los presentes estará en la creencia de que se maten los leones de otra manera.

MERC. ¿Y no tuvo usted miedo?

RICAR. ¿Miedo? ¿Qué es el miedo? No le he conocido jamás... digo mal, en cierta ocasión...

EMIL. Cuente usted. Estas historias de cacerías me entusiasman.

RICAR. Despues de un día de caza bien aprovechado, Bidel y yo, rendidos por el cansancio, determinamos pasar la noche bajo un grupo

de árboles á la entrada de un bosque que debíamos explorar á la mañana siguiente. Llevábamos durmiendo algunas horas cuando me despertó de pronto un ruido cercano, producido como por la sacudida de las hojas; levanté la cabeza y eché una mirada en deredor. La noche era oscurísima... (Todos escuchan con atención.)

EMIL. ¡Ay! ¡Qué miedo!

RICAR. El ruido se sentía cada vez más cerca; yo, entonces...

BERN. ¿Se levantó usted y echó á correr? (Riendo.) Muy bien; lo mismo hubiera hecho yo.

RICAR. No señor; empuñando mi revolver, y apenas sin respirar... esperé.

EMIL. ¿Oyes, mamá? Se ponen los pelos de punta sólo de oirlo.

RICAR. De pronto, distingo en la oscuridad dos carbones encendidos.

BERN. ¡Ah! Restos del fuego que sin duda habían ustedes encendido antes de acostarse para ahuyentar á las fieras. ¡Vaya un chasco! (Volviendo á reirse)

RICAR. ¿Qué fuego? Aquellos dos carbones... encendidos, eran los ojos de una leona.

MERC.
EMIL. } ¡Hum!

BERN. (En cómico) ¡Hum!...

RICAR. Conocido el peligro, aguardé tranquilamente á que la fiera se me acercase; y se acercó tanto que hubiera podido con mi mano acariciar sus melenas, pero no quise entretenerme.

BERN. Muy bien hecho. Ese no es entretenimiento á propósito para...

MERC. (Sin dejarle concluir.) ¿Quiere usted hacerme el favor de no interrumpir? (A Ricardo.) Siga.

RICAR. No sé en qué estaba.

BERN. Acariciando á la leona. (Se tapa la boca, Mercedes le echa una mirada.)

RICAR. ¡Ah! Ya recuerdo. Al ver que la fiera se disponía á lanzarse sobre mí, dando un paso atrás, ¡pum! ¡pum! Le descargué á boca de jarro los seis tiros de mi revolver, y cogiendo

una lanza, arremetí con la leona, que estaba tendida en un charco de sangre haciendo temblar el bosque con sus rugidos. Bidel se despertó al fin.

BERN. ¡Buen sueño tiene ese caballero! (Mercedes le hace seña de que calle.) Perdone usted; no puedo contenerme.

RICAR. Entre los dos concluimos de matarla; y tuve el capricho de arrancar su piel; que me sirve de alfombra á los piés de la cama.

MERC. Es un hecho de valor.

RICAR. Por él tuve la honra de que me dedicaran un precioso artículo en los periódicos africanos.

BERN. (El cuento es muy á propósito para un folletín.)

EMIL. Cuánto siento que Fernando no haya estado aquí para oir á usted, él que considera como cosa del otro mundo la caza de un lobo.

RICAR. ¿Un lobo? ¡Bah! A un lobo lo mato yo á palos.

BERN. Hombre, quisiera verlo.

RICAR. ¿Lo pone usted en duda?

BERN. No; pero es que los lobos...

RICAR. Yo no consiento á nadie que dude de mis palabras; y si usted se atreve... (Levantándose.)

MERC. Cálmese usted; no ha tenido intención de ofenderle. (A Bernardo.) Silencio.

BERN. No, créado usted; yo... (Alejándose con miedo.)

RICAR. Basta. Dispensen ustedes. Tengo un caracter muy fuerte, lo conozco; y en el primer pronto no soy dueño de mí, pero luego una malva.

BERN. (Cocida.)

MERC. (Indicándoles que vuelvan á sentarse.) Los hombres como usted fueron siempre mi sueño dorado.

EMIL. (¡Mucho le gusta Ricardo á mi madre! Me parece demasiado.)

MERC. Creo que también se batió usted en la guerra del Norte.

RICAR. Serví como oficial y tuve ocasión de distinguirme en algunos hechos de armas.

MERC. Entonces, debió usted conocer á mi hermano.

RICAR. ¡Su hermano! (Sorprendido.)

MERC. Sí: Manuel Cabrera.

RICAR. ¿El célebre cabecilla? Mucho.

BERN. Ese se llamaba don Ramón.

MERC. Mi hermano era capitán de cazadores.

RICAR. Sí, justo; un valeroso oficial. Debe usted estar orgullosa de tener tal hermano. Pero dejemos las conversaciones de guerras y de fieras, y hablemos de otras cosas más agradables... para ustedes.

MERC. ¡Cuánto me hubiera alegrado de que mi hermano estuviese aquí!

RICAR. ¿Le espera usted? (Con recelo.)

MERC. Le esperaba; pero una de sus heridas le molesta bastante, y ha tenido que quedarse en Madrid, desde donde pasará probablemente á Alicante, porque los médicos se lo han ordenado.

RICAR. Los aires de Alicante son balsámicos. Allí pasé yo un invierno, no muy agradable por cierto.

EMIL. ¿Le ocurrió á usted algún contratiempo?

RICAR. Locuras de la juventud, que ahora me pesan; cierta cuestión con el capitán de una fragata mercante llamada «El Relámpago». Era un hombre muy celoso, y se empeñó en que hacía el amor á su esposa. No era verdad; pero como yo me negué á dar explicaciones de ningun género, fué inevitable un duelo en que tuve la degracia de herir gravemente á mi rival. En fin, locuras, como he dicho antes. Hoy por hoy deseo la tranquilidad, y no busco más que una mujer que me ame de veras, aunque sea pobre.

MERC. Esos sentimientos son dignos de aplauso, y la que usted elija será feliz. (Mirándole apasionadamente.)

BERN. (¡Cómo le ha mirado!)

RICAR. (La mamá es más tierna que la hija.) (Se oyen dos tiros lejanos.)

VOCES. (Dentro.) ¡Al lobo! ¡Al lobo!

BERN. (Levantándose asustado.) Gritan «al lobo.»

RICAR. ¡Al lobo!

MERC.
EMIL. } ¡Eh!... (Todos se levantan.)

ESCENA XI

DICHOS, JUAN

JUAN (Que entra corriendo.) Señora... ¡el lobo! (Confusión general. Gritos de las señoras, Bernardino se parapeta detrás de un silla; Ricardo detrás de las señoras.)

MERC. ¿Dónde está?

JUAN En la huerta. (Todos se tranquilizan.) Los perros le venían acosando por el lindero del bosque y ha saltado la empalizada.

EMIL. ¡Dios mío! ¡Esmeralda que está pastando!

BERN. No doy cinco céntimos por ella.

EMIL. Voy á llamarla. (Se dispone á salir al terrado.)

MERC. Emilia, no cometas imprudencias.

RICAR. (Á Bernardino.) ¿Quién es Esmeralda?

BERN. Una cabrita que Emilia tiene en mucho aprecio; pero ya, *requiescant in pace*, como la leona de usted.

BERN. Dice bien mamá; estése usted quieta.

EMIL. Déjame ver. (Se acerca á la puerta del foro.) Esmeralda... Esmeralda... (Llamando.)

BERN. Caballero, hé aquí una ocasión de lucirse. (Cogiendo su bastón.) Usted que mata los lobos á palos, aquí tiene mi bastón; es muy fuerte.

RICAR. Sí. (Después de examinarlo.) Pero he querido decir un palo con pincho á la punta.

BERN. Pues hable usted con propiedad; eso se llama un chuzo

MERC. Juan: traiga usted la escopeta y el cuchillo de monte que están colgados en el despacho. (Juan entra primera derecha y sale en seguida con lo dicho.) Eran las armas de mi difunto esposo.

EMIL. No veo á Esmeralda por ninguna parte. ¡Pobrecita!

RICAR. (¡Maldito lobo! ¡En qué compromiso me pone!) (Temblando.)

BERN. (Mirándole.) (¡Se ha quedado pálido!)

JUAN (Sale con fusil y cuchillo.) Aquí están las armas.

MERC. Ya comprendo que para un cazador de leones no es grande hazaña tener que habérselas con un miserable lobo. (Presentándole fusil y cuchillo.)

RICAR. Claro... un lobo... ¡bah! ¿Qué es un lobo?

BERN. Para usted nada absolutamente; pero corra.

EMIL. Sálveme á Esmeralda.

RICAR. Me parece que la carga no es suficiente.

JUAN ¡Cómo que no! Deme usted á mí la escopeta y verá...

RICAR. Toma; yo me serviré del cuchillo. ¿Está afilado?

JUAN Como un navaja de afeitar.

EMIL. ¡Ay! ¡La cabrita corre asustada!

BERN. ¡Ya lo creo! Lo mismo que haríamos cualquiera de nosotros.

MERC. (Á Ricardo.) Vaya usted pronto.

RICAR. (No hay remedio.) Vamos, pues, muchacho; anda tú delante, sin miedo, y tiras en cuanto se presente el lobo, que á mí me basta con el cuchillo. Los valientes se conocen con las armas blancas. (Mutis de Juan por el foro.)

EMIL. Pronto, pronto.

BERN. (A Emilia.) Mire usted los perros... y Fernando que salta la empalizada... (Señalando.) y á la derecha el lobo, el lobo.

RICAR. Me quitaré la americana para estar más libre. (Se oye un tiro; despues otro.)

BERN. Cayó el lobo. Fernando lo ha matado.

RICAR. ¿Cayó? ¿Cayó? Dejármelo á mí... fuera todo el mundo. (Sale con la daga desenvainada.)

BERN. (Riendo.) ¡Bravo! Y me figuraba que era un mandria tan cobarde como yo... ó mucho más.

MERC. (Fingiendo enojo.) No siga usted ofendiendo á ese joven.

EMIL. El, después de todo, se ha expuesto. (Convencida.)

MERC. Naturalmente. (A Emilia.) Vamos á dar las gracias á Fernando.

EMIL. ¡Oh! Sí. (Salen por el foro.)

BERN. (Se las queda mirando asombrado.) ¡Vaya! ¡No están poco entusiasmadas! Pues con todo su valor, si continúa haciendo cocos á doña Mercedes... vamos, que á ese cazador de leones... le pego yo. (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

FERNANDO y BERNARDINO

FERN. Es inútil que trate usted de convencerme. Emilia no me ama; y como el verla de contínuo sería para mí un suplicio, he determinado viajar. Acaso de este modo consiga distraerme y olvidarla.

BERN. Hágame usted caso y déjese de tonterías. ¡Qué caramba! No está bien que un muchacho como usted se retire, dejando el campo libre á un intrigantuelo.

FERN. Que merece todo género de atenciones de Emilia y de su madre. Parece el amo de la casa.

BERN. Tiene usted razón; pero la mujer es así. Ámela usted, procure darla gusto en todo, y no le mirará á la cara; despréciela, no se ocupe de ella, y entonces es cuando le busca. Yo voy á hacer eso con la mamá.

FERN. Doña Mercedes es la peor. Me está diciendo contínuamente que descuide y confíe, y sin embargo, en presencia de ese títere soy un cero á la izquierda.

BERN. Somos dos ceros; porque á mí me tratan peor que á usted.

FERN. Nada, nada; me ausentaré del pueblo. No puedo soportar al intruso, ni responder de mi calma.

BERN. No le estaría mal un escarmiento á ese conquistador; pero antes escuche mis consejos. Estoy segurísimo de que Emilia, en el fondo de su corazón, le prefiere á usted. ¿Qué trabajo cuesta hacer esta última tentativa? Ea, valor, y pongamos mano á la obra: usted con la niña; yo con la mamá.

FERN. Quizá tenga usted razón. La esperanza es lo último que debe perderse, mas...

BERN. Silencio. Aquí está Emilia. Mire usted qué cara tan compungida.

ESCENA II

DICHOS, EMILIA por la segunda derecha.

EMIL. Don Bernardino... ¡Oh! ¡Fernando!... Ignoraba que estuvieses en casa. (Con tristeza.)

FERN. He venido en busca de don Bernardido para convidarle á una expedición.

EMIL. ¿Con la andaluza? (Con rapidez.)

FERN. Justo. Se trata de correr unas liebres. ¡Qué señora tan amable! ¿No es verdad?

BERN. (Distraído.) ¿La liebre? ¡Ya lo creo!

FERN. No, hombre; la andaluza.

BERN. ¡Oh! Amabilísima.

FERN. ¡Qué manera de montar á caballo!

BERN. Como un centauro... es decir, como una centaura.

FERN. ¡Y con qué precisión tira al vuelo! Mata los vencejos con bala.

BERN. Y toda clase de pájaros. Por eso no le debe usted presentar al cazador de leones. (Cambiando frecuentes miradas con Fernando.)

EMIL. (¡Se burlan de mí!)

FERN. Vaya, ¿se viene usted ó no?

BERN. Si es á caballo renuncio. Me he apeado varias veces por las orejas y, francamente, no me seduce...

FERN. Bueno; entonces me voy solo. Acuérdese us-

ted de que le esperamos á comer. Esta noche hay reunión y se pasará bien la velada.

EMIL. (Con amargura.) ¡Cuánto entusiasmo manifiestas por todo lo que se relaciona con esa señora! Cualquiera diría que te ha hechizado.

FERN. Eso precisamente no; pero aunque así fuese, ella es libre, yo soy libérrimo...

EMIL. Sí, tienes razón; anda, no la hagas esperar.

FERN. Emilia... (Saludándola.) ¡Ah! Don Bernardino: no olvide usted mi encargo. Anunciándolo bien, podría presentarse un comprador y, en tal caso, negocio hecho.

BERN. (¿De qué habla?) ¡Ah! Sí; negocio hecho.

FERN. Advierta usted que lo vendo todo; la casa, los muebles, los terrenos...

BERN. Todo, todo.

FERN. La vida del campo me aburre. Quiero establecerme en Madrid.

BERN. Bien hecho.

EMIL. (Sorprendida.) (¿Eh?)

FERN. Hasta ahora he sido un necio creyendo que las cualidades morales é intelectuales eran la únicas dignas de aprecio; porque es preciso cuidar también del exterior, y desde hoy me propongo hacerlo. Vestiré á la moda; sastre francés, zapatero francés, peluquero francés; y de español que no me reste más que el nombre.

BERN. Eso, eso; todo francés.

EMIL. (Mirándole asombrada.) ¡Cómo ha cambiado!

FERN. (Mirándola.) ¿Crées que yo bromeo? Nada de eso. Adiós, Emilia; te deseo mil felicidades con... Ricardito, y cuando se efectúe la boda acuérdate de los verdaderos amigos. (Sale riéndose puerta primera izquierda.)

ESCENA III

EMILIA y BERNARDINO

EMIL. ¡Dios mío! ¡Qué desgraciada soy! (Llorando.)

BERN. ¿Qué tiene usted?

EMIL. Fernando no me quiere.

BERN. ¡Toma! ¿Y á usted qué le importa? Ricardito es guapo y valiente

EMIL. (Suspirando.) ¡Ah!

BERN. (Cantando.) Suspiros del alma...

EMIL. Estoy muy triste.

BERN. ¿Por qué causa?

EMIL. No me atrevo á decirla.

BERN. Vamos; confiésese usted conmigo...

EMIL. Mi madre...

BERN. ¿Qué?

EMIL. Ha cambiado mucho.

BERN. Ya lo he notado.

EMIL. Y Ricardo...

BERN. ¿Ha cambiado tambien?

EMIL. Sí, señor; es otro.

BERN. Entónces aquí se ha verificado una metamorfosis universal. Pero ¿en qué consiste?

EMIL. Verá usted; Ricardo vino á este pueblo por mí; mamá lo sabía...

BERN. Bueno; y ¿qué?

EMIL. Que no nos permite hablar á solas ni un momento.

BERN. Muy bien hecho.

EMIL. Pues haga usted el favor de decirme cómo nos vamos á entender. Y si fuera esto sólo...

BERN. ¿Hay más?

EMIL. ¡Ya lo creo! Ella, que no perdonaba la ocasión para censurarme diciendo que yo era exagerada en el vestir, desde hace dos días, ni se quita del espejo, ni piensa más que en componerse.

BERN. ¡Malo! ¡Malo!

EMIL. Si encuentra á Ricardo le pregunta en seguida: «¿Me sienta bien este traje? ¿Le gusta á usted?»

BERN. ¡Y conmigo era de una severidad claustral! ¡No me permitía siquiera decirla que soy viudo y... disponible!

EMIL. (Afligida.) ¡Ah! Don Bernardino... temo...

BERN. Hable usted.

EMIL. Temo.. Pero se trata de mi madre y no tengo valor para acusarla.

BERN. Lo hacemos por pasatiempo.

EMIL. Yo creo...

BERN. Que su mamá de usted está enamorada de Ricardo.

EMIL. ¡Chist!

BERN. Es más claro que el agua... que el agua limpia.

EMIL. (Llorando.) ¡Soy muy desgraciada!

BERN. (Llorando.) Y yo también. Pero quizá nos equivoquemos.

EMIL No; estoy convencidísima. ¿Sabe usted lo que me dijo ayer? «Hija mía, ¿qué motivos has tenido para asegurar que Ricardo te amaba? Creo que estás engañada.» ¡Yo engañada! No, señor; es ella, que trata de quitarme el novio. ¡Una madre!... ¡Parece mentira!... ¡Con cuarenta años!...

BERN. Y que tiene en mí lo que se llama un buen partido, capaz de beber los vientos...

EMIL Lo que pasa es incalificable. (Saca el pañuelo y se limpia.)

BERN. Monstruoso. ¡Pobre niña! (Cogiendo á Emilia su pañuelo.)

EMIL. ¡Pobre viejo!

BERN. ¿Cómo viejo? ¡Ah! Si yo tuviese veinte años ménos.

EMIL. Sería usted más joven.

BERN. ¡Claro! (Convencido.) Y entónces podría decir á usted lo que su madre no quiere escuchar de mis labios: «Estoy viudo, disponible, soy rico, no nos quieren... Busquemos el consuelo amándonos mútuamente.»

EMIL. Y yo lo aceptaría... (Movimiento de alegría de Bernardino.) si tuviese usted veinte años menos.

BERN. Por desgracia, es una utopia el pensarlo.

ESCENA IV

DICHOS y RICARDO, primera izquierda.

RIC. Señorita...

EMIL. ¡Ricardo!... (Sorprendida.)

RIC. Su mamá de usted está ocupada en éste momento y aprovecho la ocasión. Tenemos que hablar.

EMIL. ¡Ah! por fin. (Con alegría.)

RIC. (A Bernardino.) Caballero...

BERN. ¿Qué ocurre?

RIC. Deseo hablar con Emilia.

BERN. Pues hable usted cuanto quiera. No necesitaba decírmelo. (Sentándose.)

RIC. Es que me estorban los testigos.

EMIL. Don Bernardino, usted que es tan bueno, me hará el favor de ir á pasearse un momento por ahí fuera.

BERN. ¿Me echa usted?

EMIL. No; pero...

BERN. Me manda á paseo; total...

RIC. Y si lo toma usted á ofensa, tengo siempre un par de pistolas á su disposición.

BERN. Muchas gracias; no las necesito. Me voy por dar gusto á esta señorita. ¿Lo entiende usted? Solamente por eso. A mí no me asustan las pistolas. (Alejándose.—Ricardo dá un paso amenazador hacia Bernardino) Me marcho... (Vuelve y dice desde la puerta.) pero conste que no tengo miedo. (Mutis primera izquierda.)

ESCENA V

EMILIA y RICARDO

RIC. Por fin estamos sólos. Emilia, escúcheme usted. Yo tengo un tío riquísimo que me deja heredero de todos sus bienes, con la condición de que me case con su hija.

EMIL. ¿Y viene usted para decirme que está dispuesto á complacer á su tío?

RIC. No.

EMIL. (Con alegría.) ¡Ah!

RIC. Pero hay más: tengo también una tía bastante rica, que al quedarse viuda y sin hijos, adoptó una jovencita á quien deja todo su patrimonio, y me la ofrece por esposa.

EMIL. ¿Y usted?...

RIC. Renuncio á los dos partidos, por ventajosos que sean. No comprendo el matrimonio sin amor... y yo amo ardientemente á...

ESCENA VI

DICHOS y MERCEDES

MERC. (Ha aparecido en la puerta primera de la izquierda, desde donde oye las últimas palabras de Ricardo.) ¿A quién ama usted, Ricardo? Le prevengo que mi hija es muy niña para escuchar ciertas confidencias. Emilia; entra en tu cuarto. (Con severidad.)

EMIL. (¡Pobre de mí!) (Vase segunda derecha.)

ESCENA VII

MERCEDES y RICARDO

MERC. Ahora puede usted hablar con entera libertad, confesándome sin rodeos ese amor que ya conozco.

RIC. ¿Que conoce usted?

MERC. Perfectamente. Y por mi conducta habrá usted podido comprender que no me ofendo.

RIC. ¡Oh, señora!

MERC. Yo no deseo más que la felicidad de mi hija.

RIC. Nada más justo.

MERC. Dejando pues los preliminares, hablemos de intereses. (Sentándose.)

RIC. (¡Magnífico!) Supongo que se referirá usted á los intereses morales y no materiales, porque yo desprecio esas bagatelas, que constituyen la prosa de la vida.

MERC. (¿Estaré engañada? Veremos.) Pienso como usted; pero esto no es un obstáculo para que yo cumpla mi deber, poniéndole al tanto de nuestra verdadera posición económica.

RIC. (¡Demonio! ¿Tendrán deudas?)

MERC. Cuantos se precian de conocernos, y hasta mi propia hermana, ignoran la verdad acerca de nuestros bienes de fortuna.

RIC. ¡Cómo!...

MERC. Sí; todos creen rica á mi hija... y no lo es.

RIC. ¿Eh? (Sin darse cuenta.)

MERC. Todas las riquezas se reducirán á una modesta dote.

RIC. Pero, su esposo de usted gozaba fama de acaudalado.

MERC. Y lo era.

RIC. Pues, francamente, no comprendo...

MERC. Nada más sencillo. Al casarnos, mi esposo, que en gloria esté, aportó al matrimonio una considerable fortuna; pero la suerte, que hasta entonces había favorecido sus negocios, volvió de pronto las espaldas, y en poco tiempo le hizo perder todo su caudal. Entonces yo le insté varias veces á que especulase nuevamente con mi dote; pero él no se permitió tocar un sólo céntimo de ella, y al morir, me la devolvió íntegra.

RIC. (¡Esto es un cartucho de dinamita!)

MERC. Ahí tiene usted descifrado el enigma.

RIC. Ahora lo comprendo todo; pero ninguna de estas cosas me importa nada absolutamente. (Con fingida indiferencia.)

MERC. (Observándole.) (¿Será posible que haya podido engañarme al juzgarle? Tocaremos otra cuerda.)

RIC. Usted ha dicho antes que deseaba la felicidad de Emilia, y yo estoy seguro de que, al casarla, la cederá usted la mitad de sus bienes. Mas repito que esto no me interesa lo más mínimo.

MERC. Ricardo...

RIC. Señora...

MERC. Llámeme usted Mercedes simplemente, se lo ruego. (Con coquetería.)

RIC. (Escamado.) Mercedes...

MERC. ¡Qué lejos está usted! Siéntese aquí, á mi lado.

RIC. (¡Caracoles!) (Se sienta á su lado.)

MERC. Usted tiene un buen corazón.

RIC. De esto puedo alabarme sin modestia. En cierta ocasión, por socorrer á una familia viuda... (Inventa.) es decir, á una viuda con cuatra hijos, todos de pecho, dispuse de fuertes sumas que me tuvieron bastante tiempo en la más extrecha economía.

MERC. ¡Oh, alma de César!

RIC. Soy así.

MERC. Precisamente por eso juzga usted á los demás de igual modo, y no todos podemos pretender iguales elogios.

RIC. ¡Cómo!...

MERC. Yo amo á mi hija mucho, muchísimo; pero la caridad bien ordenada empieza por sí mismos. Casando á Emilia me quedaré sola, y esto me aburre, me fastidia. Así es que pensaba... no sé cómo decirlo... (Ruborizada cómicamente.)

RIC. ¿Volverse á casar?

MERC. Y tengo miedo de... Como no soy joven ni bella para poder enamorar, me parece que apoyando lo que aun conservo en una fuerte renta...

RIC. Sin embargo, una hija... una hija... siempre es...

MERC. Una hija, ya lo sé; pero ella tiene todo lo que á mí me falta.

RIC. ¿Qué le falta á usted, señora? (Con intención.)

MERC. Juventud, gracia, belleza; y uniendo á sus atractivos naturales la modesta dote que yo le señale de mis bienes, creo que el que se case con ella puede estar contento.

RIC. (Es una opinión como otra cualquiera.)

MERC. ¿No es usted de mi parecer?

RIC. Si... la... mi... (Balbuceando.)

MERC. ¿Va usted á solfear?

RIC. En suma, dice usted muy bien.

MERC. Nadie es libre de tener una debilidad; pero yo, de volverme á casar, lo haría con un joven y nunca con un hombre viejo. Ya que el diablo me vuelva á llevar, que al menos me lleve en coche.

RIC. Soy de la misma opinión.

MERC. Además, no creo encontrarme en un estado tal de ruina que...

RIC. ¡Oh! ¡Señora!... Está usted todavía fresca y hermosa; en condiciones de probar fortuna... (Mirándola.)

MERC. ¡Fortuna! ¡Ah! No me hable usted de eso. Yo no deseo más que un corazón que me

ame, aunque su dueño no tenga una peseta.

RIC. (Ricardo, ¿qué esperas? Un golpe maestro.) Deme usted su mano.

MERC. ¿Para qué?

RIC. Pasa estrecharla entre las mías. Ese modo de pensar me entusiasma. ¡Ah! ¡Qué mano tan delicada! (Acariciándosela.)

MERC. Hablemos de lo que nos interesa. Usted dice que ama á mi hija...

RIC. ¿Yo? (Fingiendo sorpresa.)

MERC. ¿No quería usted hablarme de esto? (Fingiendo también.)

RIC. Perdone usted si le digo que está equivocada.

MERC. Entónces, ¿por qué ha venido usted aquí?

RIC. ¿Por qué he venido? Yo estaba en la creencia de que usted lo sabía. (Apasionadamente.)

MERC. (Con coquetería.) Explíquese.

RIC. ¿Cuánto tiempo hace que ha estado usted en Madrid?

MERC. Cerca de dos años. Llevaba aún el luto de mi marido, y estuve á terminar unos negocios.

RIC. Recuerdo perfectamente. Allí fué donde yo la ví por vez primera; en los pórticos de la plaza Mayor; bajaba usted la escalerilla.

MERC. ¿La escalerilla?

RIC. Sí; que conduce á la calle de Cuchilleros. Toda enlutada y con el semblante dulcemente triste.

MERC. Había sufrido tanto...

RIC. Decirla á usted la impresión que me causó, lo considero imposible. La seguí á usted, pude averiguar su nombre, y cuando trataba de hablarla supe...

MERC. ¿Que me había marchado?

RIC. Desgraciadamente. Pero su imagen quedó grabada en el fondo de mi corazón. Averigüé dónde vivía su hermana, y creí realizados todos mis deseos, logrando que me presentaran en su casa, donde esperaba ver á usted; pero mis esperanzas salieron fallidas. Entónces fué cuando llegó Emilia á Madrid, y al encontrar en ella el vivo retrato de su

madre, le demostré tan profunda simpatía que ha llegado á ser interpretada por amor. Ahora que ya he confesado, máteme usted ó hágame feliz.

MERC. ¡Oh, Ricardo! ¡Qué pena me causa oir esas palabras!

RIC. ¿La molesta á usted mi cariño?

MERC. De ningún modo; pero mi hija vá á sufrir un desengaño horrible. Amigo mío, sacrifique usted su amor y se lo agradeceré eternamente; haga usted dichosa á Emilia y olvídeme.

RIC. Imposible. Entre ella y usted la elección no es dudosa.

MERC. ¿Puedo creerte capáz de tal sacrificio? (Con fingidos extremos de pasión.)

RIC. Lo juro de rodillas y á tus pies. (Se arrodilla y quedan colocados como en la escena de Don Juan Tenorio.)

ESCENA VIII

DICHOS.—BERNARDINO

BERN. (Al verlos.) ¡Muy bien! ¡Muy bien!

MERC. ¿Quién le ha dado á usted permiso para entrar?

BERN. Como no sabía que estaban ustedes ensayando el Tenorio...

MERC. Silencio. Váyase.

BERN. Pero...

MERC. Espéreme usted en la antesala.

BERN. Eso es, lo mismo que los criados.

MERC. Basta. (Le indica con la mano la puerta. Bernardino sale refunfuñando.) ¿Vé usted á lo que me expone?

RIC. Perdón.

MERC. ¿Es decir que usted me ama?

RIC. La idolatro.

MERC. Pues bien; esto me anima á hacerle una confesión que nunca debía salir de mis labios. Yo también quedé perdidamente enamora-

da de usted hace dos años en la escalerilla de la plaza Mayor.

RIC. (¡Junto á la escalerilla! (Con desconfianza.) ¡Cáspita! ¿Si será cierto?)

MERC. Y estoy dispuesta á darle una prueba de cariño. Aquí está mi mano.

RIC. ¡Angel mío!

MERC. Pero con una condición.

RIC. Aceptada. (Extendiendo la mano derecha.)

MERC. Es preciso que escriba usted á mi hija desengañándola. Si después de esto conseguimos que se case con Fernando... seré tuya.

RIC. Está bién. Deseo que todo se arregle cuanto antes. ¿Dónde puedo escribir?

MERC. (Señalando la mesita.) Allí.

RIC. (Se sienta y escribe murmurando las palabras:) «Señorita...»

MERC. (Después de una pequeña pausa:)¿Está ya?

RIC. La firma. (Firma y le entrega la carta.)

MERC. Venga. (Cogiéndola.) Ahora tenemos que completar nuestra obra. Busque usted á Fernando—mi criado le indicará su casa,—explíquele usted la equivocación sufrida, á ver si logramos que vuelva aquí.

RIC. Inmediatamente. Voy á traer á mi yerno, es decir, á nuestro yerno. (Coge el sombrero.) Adiós, adorada Mercedes.

MERC. ¡Ricardo mío!... (Cambiando un apretón de manos y una mirada. Vase Ricardo.) Es un pillo; pero todo sale á pedir de boca. (Se acerca á la puerta y llama.) Don Bernardino, venga usted.

ESCENA IX

BERNARDINO y MERCEDES

BERN. (Entrando precipitadamente.) Señora...

MERC. (Leyendo por lo bajo la carta de Ricardo.) Aguarde usted un momento. (Está bien.) Ahora puede usted hablar.

BERN. Señora...

MERC. Y van dos. (Contando la palabra.)

BERN. Su conducta de usted...

MERC. ¡Chist! Mesura y buenos términos.

BERN. Señora... (Más fuerte.)

MERC. (Riendo.) Van tres.

BERN. Comprendo perfectamente. (Disponiéndose para marcharse.)

MERC. Venga usted aquí. Yo le creía un hombre de palabra; pero veo con disgusto que es usted un embustero.

BERN. ¡Yo! ¿Un embustero?

MERC. Sí; porque me prometió usted aprobarlo todo.

BERN. Los dichos, mas no los hechos.

MERC. ¿Qué hechos?

BERN. ¿Un hombre de rodillas no es un hecho consumado? ¡Parece mentira!... ¡Una madre de familia!...

MERC. ¿Y qué culpa tiene una madre de familia, si se le ocurre á cualquier imbécil arrodillarse? Usted también...

BERN. Yo no me he puesto nunca de rodillas más que en la iglesia.

MERC. Porque le costaría á usted trabajo... levantarse.

BERN. No tengo ganas de bromas. (Cogiendo el sombrero.)

MERC. A dejar el sombrero inmediatamente.

BERN. Sospecho que esa cabeza...

MERC. ¿No anda buena, es verdad? Dentro de poco lo veremos, y entónces...

BERN. Pero ¿no es cierto que ese Don Quijote le hace usted el amor?

MERC. Ciertísimo. ¿Y á que no sabe usted dónde le inspiré esa pasión abrasadora?

BERN. Ni me hace falta.

MERC. Bajo los portales.

BERN. De Bethlém.

MERC. No; de la plaza Mayor de Madrid.

BERN. Entónces aquí sobra uno, y ese soy yo.

MERC. Hombre, merecía usted que le dejara marchar por desconfiado; pero me dá lástima. Por última vez le repito, que si tiene usted fe en mí, si espera...

BERN. ¿Cuánto?

MERC. Muy poco.

BERN. (Dudando.) Bueno; me resigno. Por supuesto, que será formal la promesa.

MERC. Lo juro por la memoria de mi difunto esposo que en gloria esté.

BERN. Por allí nos espere muchos años.

MERC. Basta. Vaya usted á buscar á mi hija y dígala que venga.

BERN. Pero...

MERC. Vamos. (Le indica la puerta.)

BERN. (Es inútil que yo me trate de imponer á este hermoso ejemplar de viuda. Un día se le antoja pegarme, y me la pega.) (Convencido.) (Vase segunda derecha.)

ESCENA X

JUAN y MERCEDES

JUAN (Por la primera izquierda.) Señora: el cartero acaba de traer esta carta.

MERC. Venga. Es letra de mi hermano. ¿Acompañó usted al señorito Ricardo á casa de don Fernando?

JUAN Hace un momento.

MERC. Está bien. Vaya usted á la notaría de don Felipe y dígale de mi parte al señor notario que tenga la bondad de venir en seguida. (Juan hace una inclinación y sale.) Veamos la carta. (Lee haciendo exclamaciones.) Perfectamente; no me engañé. Ahora ya puede volver ese caballerito.

ESCENA XI

MERCEDES, BERNARDINO y EMILIA, por la segunda derecha.

EMIL. (Entra en escena muy triste.) Mamá, ¿me llamabas?

MERC. Sí; pobre víctima. Don Bernardino, haga usted el favor de dejarnos solas.

BERN. (Antes que entre, ahora que salga... En esta

casa se han figurado que yo soy un monigote.)

MERC. (Al ver que no se vá.) ¿Qué es eso?

BERN. Nada. Obedezco; pero que me corten una oreja si vuelvo.

MERC. (Con coquetería.) No, querido Bernardino; vuelva usted despues, que le necesito.

BERN. (Mirándola.) (Cuando habla en este tono me magnetiza, me electriza, me paraliza, y hace de mí lo que se le antoja.) Hasta luego. (Vase primera izquierda.)

ESCENA XII

EMILIA y MERCEDES

MERC. Emilia, me disgusta mucho verte así.

EMIL. ¿Tengo acaso motivos para estar de otra manera?

MERC. (¡Pobrecilla!) Te he llamado para comunicarte cosas importantes. ¿Recuerdas cuando te dije, hablando de Ricardo, que tenía mis sospechas de que sufrieses un desengaño al juzgarlo enamorado de tí? Pues bien, no me equivoqué.

EMIL. (Volviéndose de repente.) ¡Imposible! Ricardo me amaba... me ama... iba á decírmelo cuando tú le interrumpiste, porque deseas verme desgraciada.

MERC. ¡Bien! ¿Así hablas de una madre que tantas pruebas de cariño te ha dado? (Con sentimiento.)

EMIL. ¡Oh! Perdón, madre mía; no sé lo que me digo. (Avergonzada.)

MERC. Culpa entonces á tu ligereza. Tenías en Fernando un joven modesto y leal que te amaba desde la infancia; le has olvidado por un dandy, que no buscaba más que tu dinero, y ahora tocas los resultados, porque Ricardo no te ama á tí, ama á otra.

EMIL. No lo creo.

MERC. Pues toma y convéncete. (Le dá la carta.) Lee en alta voz.

EMIL. (Leyendo.) «Señorita: para evitar mayores daños, me veo en la imprescindible necesidad de desengañarla. El cariño que usted me inspira es inmenso, pero como el que debe tener un padre por su hija.» ¿Qué dice? ¡Un padre! (Con asombro.)

MERC. ¡Sigue!

EMIL. «Porque en breve estaré unido á la mujer que adoro, á su madre de usted...» ¡Ah! ¡Tú! (Tapándose la cara y las lágrimas.)

MERC. ¿Qué quieres que te diga? Me amaba hace dos años sin que yo supiera una palabra; y me atrevo á creer que sin saberlo él tampoco. (Encogiéndose de hombros.) Concluye. (Indicándole la carta.)

EMIL. (Se limpia las lágrimas y sigue.) « Fernando ama á usted y es preciso corresponder á su cariño. Así lo desea y se lo aconseja, mientras tiene el placer de enviarle la bendición paterna, Ricardo Suárez.»

MERC. ¿Estás convencida? Te compadezco. El desengaño es cruel.

EMIL. (Llorosa y ofendida.) Permíteme que me retire á un convento.

MERC. (Riendo.) ¡Boberías! Eso está fuera de moda. Además, ¿tanto odias á Fernando? (Aparece Fernando en la puerta primera izquierda acompañado de Bernardino.)

FERN. (¡Qué!)

EMIL. Nunca le he odiado; pero él ya no me ama.

MERC. ¿Has oído? (A Fernando.)

FERN. Contéstele usted por mí.

ESCENA XIII

DICHAS.—FERNANDO y BERNARDINO

MERC. (Adelatándose y con sentimiento.) Fernando te amará siempre.

EMIL. ¡Qué vergüenza! (Tapándose la cara.)

FERN. Por Dios, Emilia, tú no tienes que avergonzarte de nada.

EMIL. (Descubriéndose la cara y en tono de duda.) Pero...

¿y la señora andaluza de quien hablabas con tanto entusiasmo?

FERN. Sólo la conozco de vista.

EMIL. Entonces toda aquella historia... (A Bernardino.)

BERN. Invención mía. Fué un golpe extratégico.

EMIL. ¿De veras?

FERN. Te lo juro. Ricardo acaba de ponerme al corriente de la equivocación que sufríamos, puesto que no te amaba á tí sino á tu madre.

BERN. Es verdad; yo le encontré á sus pies.

FERN. ¿Y se casará con usted?

MERC. Si me quiere... exclusivamente.

BERN. (Indignado.) ¡Cómo!...

MERC. Silencio... ó aquella es la puerta. (Señalándola.)

BERN. Me parece una acción indigna dejarme solo y...

ESCENA XIV

DICHOS—JUAN y el NOTARIO

JUAN (En la puerta primera izquierda,) El señor Notario espera.

MERC. Que pase.

NOT. (Pasa y saluda.) Señores...

MERC. Doy á usted las más expresivas gracias por haber acudido á mi llamamiento con tanta prontitud, desatendiendo quizá sus obligaciones; pero el asunto es urgente.

NOT. Señora, yo estoy siempre á las órdenes de todos los que me necesitan.

MERC. Siéntese usted y vaya extendiendo un doble contrato de esponsales.

BERN. ¿Doble?

MERC. Silencio.

BERN. ¡Por vida de!...

EMIL. Fernando, ¿me perdonas?

FERN. El amor borra todas las faltas.

MERC. Pero, ¿dónde está Ricardo?... (Fuerte en la puerta.) Mi Ricardo... (Movimiento de Bernardino,)

ESCENA XV

DICHOS y RICARDO

RIC. (Con un ramo en la mano) Recogiendo flores para ofrecérselas á usted.

MERC. ¡Ah! (Suspirando.) Si el amor que usted me profesa tuviese siquiera la duración de estas flores...

RIC. ¿Qué dice usted? Mi amor no se borrará más que con la muerte.

BERN. (¡Y yo debo estar presenciando estos arrullos! Bernardino, tu dignidad ante todo.) (Coge el sombrero para salir.)

MERC. (Al verle.) Deje usted ese sombrero; se lo ruego. (Dirigiéndole una mirada dulce.)

BERN. (¡Oh, maga! ¡Oh, sirena! Conseguirá también que firme como testigo.)

MERC. Señor notario, ¿están redactados los contratos?

NOT. Faltan los nombres de los contrayentes.

MERC. Ponga usted en uno de ellos los de mi hija Emilia y su prometido Fernando.

NOT. ¿Tienen ustedes la bondad de acercarse? (Emilia y Fernando se acercan al Notario.)

MERC. Y en el otro...

BERN. (¡Me hierve la sangre! ¡Temo una apoplegía!)

MERC. El mío y el de este caballero. (Señalando á Ricardo.) Pero antes permítame usted, Ricardo, que en presencia de estos señores, y para su tranquilidad, exija de sus labios una declaración. ¿Me ama usted á mí ó á mi dinero?

RIC. Esa pregunta me ofende. ¿Qué es el interés? Yo no lo conozco. ¿Qué es el oro? Un vil metal, digno del mayor desprecio.

MERC. ¿Lo oyen ustedes? Me ama á mí, á mí sola; me complazco en repetirlo. ¡Ah, corazón generoso!

BERN. (La bilis se me pasea por todo el cuerpo.)

MERC. Quiero mostrarme digna de tan noble acción. Usted me aconsejó que cediese á Emilia la mitad de mis bienes.

RIC. (¡Ay! ¡Adiós, mitad, adorada!)

MERC. Pues bien; yo no me contento con tan poco, y para que mi obra resulte completa, hago á mi hija una entera donación de cuanto poseo. Hágalo usted constar así. (Al Notario.) (Admiración de todos los presentes, incluso Bernardino.)

RIC. (¡Maldición! ¡Caí en la ratonera!)

MERC. Ricardo: héme aquí pobre y digna de extender á usted mi mano.

RIC. Mercedes...

MERC. ¿Vacila usted?

RIC. Un instante. Yo me considero dichoso, dichosísimo; pero... es preciso que arregle mis papeles... Necesito escribir al Sur... al Norte...

BERN. (Y al Mediodía.)

RIC. Siento retrasar mi felicidad un sólo momento; mas no tengo ni la fe de bautismo, ni la partida de defunción de mis padres, ni...

BERN. (Ni vergüenza.)

RIC. Todos esos documentos hacen falta, ¿no es verdad, señor Notario?

NOT. (Asintiendo.) Cierto.

RIC. Además, es preciso que reuna mis bienes; y como estos asuntos requieren la presencia del interesado, permítame usted que vaya unos días á Madrid.

BERN. (A la carcel es donde debías tú ir.)

RIC. Mi ausencia será breve; y en cuanto esté todo en orden...

MERC. Puede usted tomarse todo el tiempo que necesite, sin precipitar las cosas lo más mínimo, en la inteligencia de que aquí le esperamos... (Corta la frase.)

BERN. (Sentados.)

MERC. Con muchísima impaciencia.

RIC. (Se despide de todos desconcertado y trabando los nombres.) Señora... Fernando... Emilia... caballero... (A don Bernardino, á quien dá la mano; éste le saluda pero esconde las manos. Ricardo sale dando tropezones por la puerta.

MERC. (Riendo.) ¡Já, já, já! ¿Eh? ¿Qué tal el mocito? En cuanto ha visto volar las pesetas se bate en retirada.

BERN. Ya dije yo que era un embustero y usted no me creía.

MERC. Porque necesitaba pruebas para obrar sobre seguro, y hasta hoy no las he recibido.

BERN. ¿Cuáles son las pruebas?

MERC. Esta carta de mi hermano, á quien escribí pidiendo informes de ese sugeto, y que me contesta lo siguiente: (Leyendo.) «Ricardo Suárez es un tramposo lleno de deudas y cazador de gangas únicamente. Con respecto á su valor te diré que en la guerra del Norte, donde estuvo sirviendo bajo mis órdenes, desapareció al primer disparo, hallándosele después oculto entre los heridos de un carro de ambulancias.» (Todos dan una risotada.) Emilia; considera el peligro de que te he salvado. (Al Notario.) Don Felipe: todo esto ha sido una comedia. Rompa usted esos papeles, que para nada sirven, puesto que mi hija es la única heredera del patrimonio paterno, y yo solamente poseo una modesta dote.

BERN. Y aunque no tuviera usted un céntimo de real, aquí está Bernardino Bravo, viudo, de profesión propietario, bien conservado, aunque me esté mal el decirlo, dispuesto á acreditar con hechos todas las palabras que ha pronunciado en un sinnúmero de ocasiones. He dicho.

MERC. Lo siento en el alma; pero usted ha dudado de mí, y esto es una ofensa.

BERN. No sea usted cruel. En presencia del señor Notario, que tiene fe pública, pido perdón. ¿Quiere usted que vaya en penitencia de la Ceca á la Meca, descalzo de pie y pierna?

MERC. No, amigo mío, porque ese camino lo tiene usted muy trillado. Además, los moros podrían jugarle una mala partida.

BERN. Y si me quedo, ¿podré seguirla diciendo?...

MERC. Que es usted solo y disponible. No se me olvida; pero las cosas han cambiado de aspecto. Mi hija es ahora dueña de todo, y mientras ella me permita estar á su lado, no puedo pedir á usted hospitalidad.

BERN. (Corre al lado de Emilia.) ¡Tenga usted compasión de mí; póngala de patitas en la calle!

EMIL. Mamá... desde este momento puedes buscar casa. (Con autoridad.)

MERC. Entónces... ¿qué remedio? Haga usted preparar el gabinete color de rosa.

BERN. (Con satisfacción.) Esas palabras me quitan veinte años de encima.

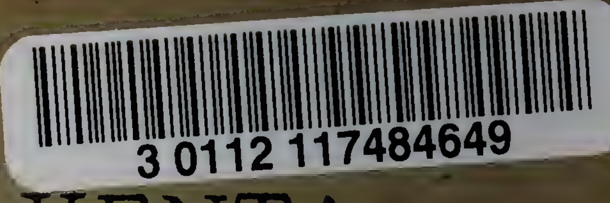
MERC. Ya lo veremos. (Con intención.)
(Al público)

Niñas de quince á veinte,
  edad preciosa,
en que todo se mira
  color de rosa,
  y el alma ansía
soñados horizontes
  de poesía,
no cieguen vuestros ojos
  las ilusiones,
que los hombres son todos
  unos bribones...
  y oliendo cuartos,
acuden presurosos
  como lagartos.
De novios, disimulan
  su genio adusto,
y es facil manejarlos
  á vuestro gusto;
  pero casados,
ya sueltan la careta
  los condenados.
Entónces se acabaron
  paz y ventura,
á sufrir resignadas
  la dictadura:
  por consiguiente,
ojo avizor, muchachas,
  con esa gente.

FIN DE LA OBRA

ZARZUELAS

Hombres	Mujeres	TÍTULOS	ACTOS	AUTORES	Parte que corresponde á la Administración
»	«	¡Al agua patos!...........	1	D. Angel Rubio............	M.
»	»	¡A casarse, modistas!.....	1	Clavero y Broca.........	L. y M.
»	»	A vista de pájaro.........	1	Lucio y Brull...........	M. y $^1/_2$ L.
14	4 c	Al pie de la Giralda.......	1	Manuel Hidalgo.........	L.
»	»	Al pozo..................	1	Casañ y T. F. Grajal....	L. y M.
»	»	Bordeaux................	1	Joaquín Viaña..........	M.
»	»	Candidez y travesura.....	1	Javier Gaztambide......	M.
»	»	De buenas á primeras....	1	Luis L. Mariani...	M.
»	»	De Madrid á Siberia.......	1	Labra, Fano y Sedó.....	L. y $^1/_2$ M.
»	»	Despacho parroquial.....	1	Labra, Caldeiro y Llanos	L. y $^1/_2$ M.
»	»	Dos inválidos............	1	A. Rubio................	M.
»	»	El canario más sonoro....	1	T. Reig.................	M.
»	»	El Club de las Magdalenas	1	Javier Gaztambide......	M.
»	»	El cosechero de Arganda.	1	Angel Rubio............	M.
»	»	El golpe de gracia........	1	Francisco Sedó..........	$^1/_2$ M.
»	»	El gorro frigio...........	1	Limendoux y Lucio.....	L.
»	»	El Milano................	1	Estremera y Brull.......	L. y M.
»	»	El pájaro pinto...........	1	Navarro y Brull.........	M. y $^1/_2$ L.
	»	El quinto cielo...........	1	J. Pérez Zúñiga.........	$^1/_2$ L. y $^1/_2$ M.
	»	El sargento Boquerones..	1	Manuel Cuartero.......	L.
»	»	El sobrino de su tío......	1	Antonio Llanos.........	M.
2	1	El tío Paco..............	1	M. y González y Mariani	L. y M.
»	»	El trompeta del Archiduque....................	1	Javier Gaztambide......	M.
»	»	En corral ajeno...........	1	J. R. Menduiña y T. Reig	L. y M.
»	»	En el ambigú............	1	Rubio y T. F. Grajal.....	M.
»	»	En la plaza de Oriente....	1	Apolinar Brull..........	M.
»	»	Escuela modelo..........	1	Prieto Barberá y Jiménez	L. y M.
»	»	Esta casa es muy de Vds.	1	Angel Rubio...........	M.
»	»	Exposición universal.....	1	Pina Dominguez y Chapí	L. y M.
7	8 c	Horchata de chufas......	1	M. Barranco y Barbieri..	L. y M.
»	»	La Beneficiada...........	1	F. Iráyzoz y A. Brull....	L. y M.
»	»	La casaca...............	1	Angel Rubio...........	M.
»	»	La cruz blanca...........	1	Apolinar Brull..........	M.
»	»	La féria de Sevilla........	1	Tomás G. Yañez.........	M.
»	»	La mujer del prójimo.....	1	Alfonso y Cortina.......	L. y M.
»	»	La niñera...............	1	Javier Gaztambide......	M.
»	»	La nueva Diana..........	1	Apolinar Brull..........	$^1/_2$ M.
»	»	La verdad desnuda.......	1	Apolinar Brull..........	M.
»	»	Las provincias...........	1	Lastra, Ruesga y Prieto.	L.
»	»	Las toreras..............	1	Tomás Reig..	M.
»	»	Las virtuosas............	1	Monasterio y Brull......	L. y M.
»	»	Lección conyugal.........	1	Chueca y Valverde......	L. y M.
»	»	Los conspiradores........	1	Javier Gaztambide......	M.
»	»	Los de Cuba.............	1	Rubio y Marin..........	M.
»	»	Los duros falsos..........	1	C. Santamarina.........	M.
»	»	Lo que va de ayer á hoy..	1	Angel Rubio............	M.
»	»	Los madrugadores.......	1	Usúa y Rubio...........	L. y M.
»	»	Lucifer..................	1	S. Delgado y Brull......	L. y M.
»	»	Nina....................	1	Criado, Cocat y A. Rubio	L. y M.
»	»	Noche de féria...........	1	Ruperto Chapí....	M.
»	»	No más ciegos............	1	Javier Gaztambide......	M.
»	»	Pepa, Pepe y Pepín.......	1	Angel Rubio............	M.
»	»	Percances matrimoniales	1	Tomás G. Yañez....... .	M.
»	»	Plan de estudios.........	1	Tomás Reig.............	M.
»	»	Procedente de empeños..	1	Flores García y T. Reig.	M. y $^1/_2$ L.
»	»	Quedarse in albis........	1	Cocat y Criado..........	L.
2	1	¡Qué marido y qué mujer!	1	F. de P. Huerta.........	L.
3	3	Quid pro quo............	1	José Usúa.......... .	L.
»	»	Sala de armas............	1	C. Navarro y Caravantes	$^1/_2$ L. y M.
»	»	Seguir la pista...........	1	Antonio Llanos.........	M.
	»	Soltero y mártir..........	1	Casañ y L. Mariani.....	M. y $^1/_2$ L.
»	»	Timos conyugales........	1	Gabriel Merino....... ..	L.
»	»	¡Tío, yo no he sido!.......	1	F. Pérez y A. Rubio.....	L. y M.
»	»	Una herencia me salvó...	1	Clavero y Broca.........	L. y M.
»	»	¡Viajeros, al tren!........	1	Tomás Reig.............	M.
»	»	Zaragoza....	1	A. Rubio................	M.
»	»	Entre locos.......	2	Javier Gaztambide......	M.
»	»	Nanón..................	2	Tomás Reig............	$^1/_2$ M.
»	»	Una semana en Madrid...	2	Tomás G. Yañez........	M.
»	»	Cármen..................	3	Rafael María Liern......	L.
»	»	Walther.................	3	Javier Gaztambide......	M.



PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la Administración.

EXTRANJERO

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, **PARÍS**. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, **LISBOA**, y *D. Joaquín Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardín, **PORTO**. ITALIA: *Cav. Ermete Novelli.*



Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.